

otros arbitrios para evitar el sacrilegio? ¿no podíais disponer con una sincera penitencia para llegar dignamente al altar? ¿es acaso alternativa inevitable ó abusar de las cosas santas, ó apartarse de ellas? ¡Ah! no debemos huir de los remedios divinos, sino vencer las pasiones; no debemos evitar las profanaciones haciéndonos impíos, sino usando con devoción de las gracias de la Iglesia. No debemos mejorar nuestras costumbres sacudiendo el yugo, sino observando la ley con las disposiciones con que debe ser observada. No debemos decir con el impío: Pues la ley es ocasión de caída, ¿por qué me condenan cuando no la observo? Sino decir con una alma arrepentida:¹ Yo he lavado mis piés; ¿cómo los he de volver á manchar? Señor, vos rompísteis mis lazos, ya no me verán mas apretar sus funestos nudos. Vos me habeis sacado de las puertas del infierno, no volveré mas á bajar allí, temiendo que mi último estado sea peor que el primero. Y á la verdad, católicos, la recaída no solamente es un vicio que no admite excusa, por causa de la ingratitud, de la perfidia y del desprecio que en sí encierra, sino que tambien es un vicio del que no hay mal que no deba tener el pecador, por causa de la impenitencia y del estado tranquilo de la culpa á que tarde ó temprano le reduce.

SEGUNDA PARTE.

No hay cosa mas cierta, católicos, que el que las recaídas vienen por último á parar en un estado fijo y tranquilo de culpa, y no dudareis de esta importante verdad si quereis hacer conmigo tres reflexiones que claramente la de-

¹ Cant 5. v. 3.

muestran. La primera, que los medios de salud eterna que por lo comun obran la conversion de otros pecadores, son inútiles para el que recae. La segunda, que aun dado caso que pueda valerse de ellos, Dios se cansa de concederlos. La tercera, que aun cuando la bondad de Dios no se cansará, la malicia particular del pecado de recaída, junta con la natural disposicion del corazon humano, ha de conducir necesariamente al pecador á la obstinacion. Continúad escuchándome.

En primer lugar, los medios ordinarios de que Dios se vale para convertir á un pecador, son las nuevas luces con que le favorece; con éstas, como un rayo repentino que sale del seno del mismo Dios, se halla el alma ilustrada acerca de sus obligaciones, de sus infidelidades, de la vanidad de las cosas de la tierra y de la realidad de los bienes futuros; entonces atemorizado el pecador se indigna contra la torpeza de sus pasados errores y sigue la verdad que se le presenta. Pero vosotros, amados oyentes míos, vosotros que habeis sido movidos de Dios en este santo tiempo, si volveis á vuestros primeros caminos os será inútil en adelante este medio de eterna salud. Porque os pregunto, ¿qué podrán descubriros de nuevo la voz de Dios y las verdades de la fe? Habeis visto claramente las santas máximas, las ilusiones del mundo, las verdades terribles de lo por venir; estas ya no son para vosotros luces nuevas, ó á lo menos han perdido para vosotros aquel terror y aquel efecto de la novedad que es tan feliz para otros pecadores; luego ya no os podrán asustar, atemorizar ni derribar. Y á la verdad, ¿qué es lo que pueden enseñarnos estas verdades? ¿que el mundo es un engaño? Esto ya lo decíais vosotros mismos en vuestros momentos de compuncion. ¿Que Dios es quien merece solamente ser servido? Poco tiempo ha que lo

confesábais al pié de los altares. ¿Que la salvacion debe ser el importante negocio de los cristianos? Ya lo habeis asegurado delante de Jesucristo. ¿Que el pecado es el mayor mal que puede suceder al hombre? pero esto lo visteis con tanta claridad, que os parecia imposible haberlo hasta entonces ignorado. ¿Pues qué podrá enseñaros de nuevo el mismo Dios? Bien sé que aun puede ilustraros; pero como un hombre que camina al medio del dia, no haríais caso de esta nueva luz; ya os habeis familiarizado con ella y con vuestras pasiones, habeis conciliado en vuestro corazon la claridad con las tinieblas. ¡Ah! antes un solo rayo de gracia, una sola verdad manifestada, hubiera ganado vuestro corazon; pero hoy las mas vivas luces no harán impresion en un espíritu tan acostumbrado á ver. La primera vez que los israelitas vieron por la noche la columna luminosa que debia guiarlos, quedaron admirados con la novedad del espectáculo, temieron la majestad del Dios que residia en medio de ellos. El terror, la admiracion y el respeto los hizo dóciles á las órdenes de Moisés; pero cuando recayeron en sus murmuraciones, por mas que aquella luz celestial volviese á manifestarse, siempre la miraron como un comun espectáculo que en nada mudó sus costumbres. Y este mismo será el efecto que produzcan en vosotros las eternas verdades y las luces del cielo despues que os háyais acostumbrado á ellas.

El segundo medio de salvacion para los demás pecadores, es el gusto de la gracia. Este es un nuevo consuelo que acompaña los principios de la justificacion, y un divino atractivo que lleva tras de sí al corazon. Pero tú, alma infiel, que has experimentado estas santas impresiones, que has dicho al Señor como aquel apóstol: Aquí estamos bien con vos, ¿qué gusto podrá ofrecerte una nueva y santa vi-

da que ya no le hayas experimentado? Una sola obligacion de piedad cumplida con gusto, un solo deseo amoroso de salvacion, triunfa las mas veces de la dureza de un pecador; pero vosotros, ¡ah! os habeis formado un corazon acostumbrado á sentir, á suspirar, á gemir, y despues de esto á recaer; teneis una alma tierna que nació con algunos sentimientos de religion, que todo la mueve, pero nunca lo bastante; la obstinacion no será la que os condene, sino una sensibilidad de conciencia que os entretiene y no os corrige: si tuviérais un corazon de piedra, como aquellos pecadores tranquilos y obstinados, un golpe de la gracia podria á lo menos herirle, romperle y ablandarle; pero teneis un corazon de cera, dice el profeta, en el que las últimas impresiones son siempre las mas vivas, fácil de moverse, difícil de fijarse, vivo en un instante de gracia y aun mas vivo en otro instante de placer. ¡Ah! amados oyentes míos, si supiérais cuál es el peligro de vuestro estado y lo poco que hay que esperar de vuestra eterna salud, temblaríais; no intento moveros á desesperacion; pero os digo temblando que son muy raras y casi imposibles las conversiones de las almas semejantes á las vuestras. La sentencia de Jesucristo en este particular es terrible. Aquel, dice, que despues de haber puesto la mano en el arado mira atrás, no es á propósito para el reino de Dios: *Non est aptus regno Dei*.¹ No dice Jesucristo este pierde el derecho que tenia al reino de Dios, corre peligro de ser excluido de él para siempre, sino que no á es á propósito: *Non est aptus*. Esto es, sus inclinaciones, su natural, la disposicion particular de su corazon, le hacen inhábil para la eterna salud. Cuando se suele decir que un hombre no es á pro-

¹ Luc. 9. v. 62.

pósito para las ciencias, para la milicia, para la toga, se quiere dar á entender que nació con unos defectos incompatibles con las funciones de estos estados, y que no podrá adelantar cosa alguna en ellos, y esto es justamente lo que dice Jesucristo del pecador que recae, en órden á su salvacion, que entre todas las disposiciones del hombre no hay otra que sea menos á propósito para el reino de Dios: *Non est aptus regno Dei.*

Un deshonesto puede arrepentirse; David hizo penitencia de su adulterio. Un impío puede ser movido de Dios y sentir el peso de la majestad que habia blasfemado; Manasés en las cadenas adoró al Dios de sus padres, cuyos altares habia arruinado. Un publicano puede arrepentirse de sus injusticias; Zaqueo, despues de restituir lo que habia usurpado, reparte liberalmente sus bienes con los pobres. Las personas que viven entregadas al mundo y á los deleites pueden ser repentinamente iluminadas; la Magdalena llora á los piés de Jesucristo sus pecados, mas con su amor que con sus lágrimas. Pero un Acab, que avisado por Elías, ya se cubre de ceniza y de cilicio, ya se vuelve á Bethél á sacrificar á Baal, y tan pronto oye al profeta como sacrifica á sus falsos dioses; un Sedecías, que movido de tiempo en tiempo por las reprensiones de Jeremías, le envía á llamar ocultamente, le consulta acerca de la voluntad del Señor, y al salir de allí vuelve á caer en sus tinieblas, manda arrojar al profeta en un foso, y le vuelve á llamar otra vez para volver á consultarle y ultrajarle al dia siguiente; un Saúl, que movido unas veces de la inocencia de David le dice: vos sois mas justo que yo, y en el instante siguiente le busca para perderle; ¡ah! en ninguna parte se lee que estos hiciesen penitencia, y en todas partes nos los representa la Eseritura como príncipes reprobados y aborrecidos de Dios.

¡De qué proviene esto, católicos! de que la piedad cristiana supone un espíritu maduro que se determina con reflexion, un entendimiento firme capaz de resolverse, y que habiendo conocido una vez el camino derecho, entra en él y no le deja tan fácilmente. Supone una alma fuerte, superior á los disgustos, á los obstáculos, á los peligros y á su propia flaqueza; una alma generosa que sabe despreciar un deleite; una alma prudente que no se gobierna por gusto, por aprension ni por antojo, sino por las reglas de la fe y de la prudencia; en una palabra, para formar una alma cristiana se necesita no sé qué grandeza, elevacion y solidez superior á las flaquezas vulgares; pero vuestras recaídas provienen de una desigualdad del entendimiento que no sabe determinarse, de una flaqueza de corazón que cede al primer obstáculo, de una inconstancia de espíritu que siempre está fluctuando, para quien la novedad tiene unos encantos inevitables, que se enfada muy presto de un mismo género de vida, y que solamente tiene talento para justificarse á sí misma sus mudanzas; pareceis prudentes á los ojos de los hombres porque la vanidad sostiene vuestras exteriores acciones; pero juzgad de vosotros mismos por vuestra conducta interior y oculta, y vereis que sois el mas inconstante de todos los hombres, que sois una de aquellas nubes sin agua que llevan los vientos hácia todas partes, como dice San Judas;¹ uno de aquellos astros errantes que jamás tienen direccion segura; un mar inconstante y borascoso que despues de haber arrojado de su seno los cadáveres, se vuelve á hinchar y á recogerlos de las mismas playas donde acaba de dejarlos: *Fluctus feri maris, despu-mantes suas confusiones.* ¡Pero qué es lo que yo intento,

¹ Epist. Judæ v. 13.

católicos, con probaros que no sois á propósito para el reino de los cielos? ¿acaso el desanimaros y disuadiros para que no trabajéis para vuestra salvacion? No lo permita Dios. Lo que intento es haceros temer las recaidas, que son como el funesto pronóstico de vuestra reprobacion.

No quiero añadir que el medio de los Sacramentos, tan útil para otros pecadores, es inútil para estos de quienes hablo. Esta es una verdad que ya queda probada; muchas veces son felices nuestros cuidados en el tribunal de la penitencia con aquellas almas pecadoras que hasta entonces habian vivido en un entero olvido de Dios; pero vosotros, amados oyentes míos, vosotros venís á este sagrado tribunal con unas lágrimas ya acostumbradas á mentir, como dice un santo padre, y con unos vicios mil veces detestados; lleváis el peso de vuestros delitos de tribunal en tribunal; á cada nueva recaida se os ve buscar nuevo confesor, para excusaros la vergüenza que acompañaria á la confesion de las mismas flaquezas, y haceis gemir á los ministros del Señor, á los que solamente parece que venísteis á decir vuestras vergonzosas fragilidades para, abandonándolos despues, dejarles mas tiempo de llorarlas en la presencia de Dios. ¿Pues qué medio de eterna salud puede quedar para vosotros? ¿el conocimiento de vuestras obligaciones? nadie las conoce mejor que vosotros. ¿El gusto á la piedad y los movimientos de la gracia? jamás hubo corazon que mas fácilmente se moviese que el vuestro. ¿El uso de los Sacramentos? ¡ah! que ha mucho tiempo que vuestros males están acostumbrados á estos divinos remedios. ¡Gran Dios, que conocéis vos á los hombres que os pertenecen y los habeis señalado en la frente con un sello que no se puede borrar, contais en este número muchas almas de estas de quienes hablo! Temblad, pues, católicos, si sois pru-

dentes, y permaneced constantes en el santo camino si la gracia de los Sacramentos os ha puesto en él; temed no se retire de vosotros el Señor, y que volvais á caer últimamente para nunca mas levantaros.

Con la segunda reflexion se prueba que las recaidas tarde ó temprano vienen á parar en un estado fijo y tranquilo de pecado. Dios se cansa de seguir los pasos de un pecador que continuamente está recayendo, y de alargarle tantas veces una mano favorable; aquella sensibilidad que aun os queda á las verdades de eterna salud, se apagará; calmarán aquellos movimientos que no os dejan vivir tranquilo en la culpa. No se os concederán mas aquellas gracias que aun os mueven algunas veces. Ya he dicho otra vez que no hay cosa que mas aparte á Dios de una alma que cuando el pecador se deleita en reparar continuamente la obra del demonio, y en edificar todos los dias de nuevo lo que en él acababá de destruir la gracia. En los libros santos está escrito que incurra en una maldicion eterna aquel que quisiere levantar los muros de Jericó, que habia arruido el Señor solamente con el ruido de las trompetas de los sacerdotes de Judá. ¡Ah! cuando la sonora palabra del Evangelio, figurada en las trompetas de Judá, puesta en la boca de los ministros santos, ha destruido en un corazon la delincuente Jericó que habia edificado el demonio, se indigna la divina misericordia de que el ingrato pecador se atreva á levantarla sobre sus propias ruinas, y regularmente una maldicion terrible es la pena de este atentado.

Y á la verdad, ¿qué motivo podreis tener para quejaros cuando Dios use con vosotros de esta justa severidad? ¿no es el dueño de sus dones? Y por otra parte, ¿no os ha esperado bastante tiempo á penitencia? ¿de qué medios no se ha valido para fijar las eternas inconstancias de vuestro co-

razon? Os ha dispuesto aflicciones, os ha herido con enfermedades, os ha hecho experimentar la perfidia de aquellas personas de quien os fiábais, ha derramado á manos llenas sobre vuestros placeres infinitas amarguras, os ha iluminado, os ha llamado á sí con vivos remordimientos, y de esta causa han provenido aquellos intervalos de penitencia que han suspendido por algun tiempo vuestros desórdenes. ¡Ah! ¿no es preciso que tenga tambien sus tiempos de justicia como de misericordia, y que despues de haber esperado tanto tiempo con bondad para ver si el árbol cultivado y regado da fruto, le maldiga finalmente, viendo cuando vuelve á visitarle que han sido inútiles todos sus cuidados?

Pero aun cuando Dios no se retirara del pecador que recae, bastaba solamente la malicia de la recaida y el carácter del corazon humano para poner á el alma en el estado de que hablo. A la verdad, sucede en las recaidas del alma lo que en las del cuerpo; ya os he dicho y debeis saberlo que por lo comun acaban con una extincion absoluta é irrevocable de la vida; para la primera caida se hallan alivios en la fuerza de la edad y en el vigor del temperamento y es fácil el repararse; pero si las caidas se repiten, el cuerpo se cansa, la salud se debilita, la naturaleza se arruina, y cualquiera golpe casi es mortal. Del mismo modo en la vida cristiana es fácil levantarse de la primera caida; la fe que aun no está apagada, los movimientos de la gracia que aun se sienten, la salud del alma que no está absolutamente arruinada, todo esto puede facilitar la conversion del pecador; pero si volveis á caer, ¡ah! poco á poco se apagan las luces, se pierde la fuerza del alma, perecen los dones de la gracia, y finalmente, recaeis tantas veces, que llegais á caer para nunca mas levantaros, y que-

da como oprimida el alma bajo el peso de la última caida.

¿Quereis ver en los libros santos una imágen bien terrible y bien natural, y leer en ella la triste suerte de una alma que recae en la culpa? Acordaos de la historia del ídolo de Dagon; cayó delante del arca, corren apresurados los sacerdotes de los filisteos, y su cuidado se logró por esta vez; levantan inmediatamente el ídolo, y sus piés y sus manos están aún en su lugar, y esta primera caida no le puso en estado de no poder volver á ser puesto en el altar. Pero vuelve á caer Dagon. ¡Ah! los sacerdotes que acuden á este nuevo accidente se esfuerzan en vano para levantarlo; Dagon está malamente tendido en tierra, inmóvil para siempre en el lugar en que cayó, con la cabeza y las manos separadas del tronco; ya no es mas que una masa informe que no deja esperanza alguna de que se la pueda levantar, y una figura mutilada que solo puede servir para el fuego: *Porro Dagon, solus truncus remanserat in loco suo.*¹

Esta es vuestra historia, amados oyentes míos; vuestras primeras caidas no destruyeron ni rompieron en vosotros, por decirlo así, la imágen celestial del Criador; todavía se mantenian en buen estado las potencias de vuestra alma; no estábais separados de Jesucristo, vuestra divina cabeza, y los cuidados de sus ministros os hubieran levantado y restituido á vuestro primer lugar; pero si volveis á caer se romperá finalmente la imágen del Criador, Jesucristo vuestra divina cabeza se separará de vosotros para siempre, caereis para no volveros á levantar, no sereis en adelante mas que un tronco informe que no se pueda volver á colocar en su lugar, y cuyo destino no pueda ser otro mas que un fuego eterno: *Porro Dagon, solus truncus remanserat in loco suo.*

¹ 1. Reg. 5. v. 5.